

reses más a corto plazo de inversionistas estadounidenses en México.

De este lado del Bravo, en cambio, nuestros políticos no contaban con varias alternativas. Casi siempre se impusieron la meta de evitar el salir muy perjudicados de la desigual relación y salvaguardar, en la medida de lo posible, la integridad del país, aunque en ocasiones –como en el caso de los gobiernos de Antonio López de Santa Anna o de Álvaro Obregón– la permanencia de un grupo en el poder parecía más importante que la soberanía sobre un territorio o la capacidad para darse leyes propias sin intromisión externa. Pragmatismo, sí; principios, no en todos los casos.

Este libro, junto con el resto de la obra promovida por Ana Rosa Suárez y el Instituto Mora, es una contribución importante en la comprensión de Estados Unidos y México. Además de la información y el conocimiento que hay en *Pragmatismo y principios*, éste deja tres lecciones. Primera, que no obstante el academicismo que impera entre quienes nos dedicamos al estudio de la historia, términos como “valor” o “patriotismo” pueden y deben reconocerse cuando los hubo, tal como se aprecia en varios de los capítulos reseñados. Segunda, si bien desde una perspectiva oficial no puede admitirse que el apego al derecho internacional característico de nuestra diplomacia se debe, sobre todo, a la debilidad de México; en beneficio de una mejor comprensión de nuestro pasado debe admitirse este hecho, pues como se pudo ver en el capítulo de Mónica Toussaint, cuando México fue el país fuerte (frente a Guatemala) siguió una conducta

más agresiva. Tercera, si se puede hacer historia diplomática de una manera diferente a la tradicional, tomando en cuenta fuentes primarias y la presencia de la más amplia diversidad de actores, y no sólo reseñar la correspondencia entre cancillerías. Por último, me atrevo a recomendar a los autores menos optimismo frente a sus personajes. Éstos fueron ciertamente heroicos, pero no por sus grandes triunfos (que casi no los hubo) sino en el sentido clásico: hicieron lo posible, pero el destino (en este caso la desigualdad entre los dos países) se impuso.

Alfredo Ávila
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS-UNAM

Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la revolución*, Siglo XXI Editores/UAM-Iztapalapa, México, 1988, 300 pp.

Ésta es una biografía política de Adolfo de la Huerta. Pretende presentar una historia de “los hechos como fueron” y contradecir la versión que lo presenta como un personaje gris, secundario e incluso ambicioso y siniestro y, en cambio, dibujar los claroscuros de su vida. De acuerdo con la visión de Castro, De la Huerta es una “figura viva de nuestro tiempo por su lucha por la democracia y la moral pública”.

Este trabajo tiene la virtud de rescatar a un personaje que había sido desdeñado por la historiografía, tal vez por la inercia de la historia oficial

que al privilegiar a los miembros del bando triunfante de la revolución en su etapa reconstructiva, ha dejado en el olvido a los perdedores, considerándolos traidores. Sin embargo, cabe señalar que, previo a la publicación de este texto, algunos historiadores ya habían resaltado la importancia de Adolfo de la Huerta, dedicando parte de sus trabajos al estudio de su actuación como presidente sustituto y como secretario de Hacienda, subrayando que no sólo fue un mero personaje oscuro y de transición, sino que tuvo ideas y proyectos propios que dejaron su huella en los gobiernos de Obregón y Calles.¹

El libro inicia en 1920, con el ascenso de este político a la palestra nacional, como consecuencia de la rebelión de Agua Prieta, aunque da algunos breves antecedentes de su actuación al lado del bando constitucionalista a partir de 1913. En ocho capítulos narra su desempeño como presidente provisional, secretario de Hacienda, candidato presidencial por el Partido Cooperatista, líder del levantamiento delahuertista, sus actividades como exiliado político en Estados Unidos, su regreso

a México, su reinserción en la administración pública hasta su muerte en 1955 y concluye con un balance de la actuación de este personaje. De hecho se trata de la continuación de una biografía previa del revolucionario sonorenses que mereció Mención Honorífica del Premio Salvador Azuela en 1990 (Pedro Castro Martínez, *Adolfo de la Huerta y la revolución mexicana*, INEHRM/UAM-Iztapalapa, México, 1992). Si bien, el libro motivo de esta reseña, profundiza y amplía el estudio de don Adolfo, en particular su papel en la rebelión de Agua Prieta, como pacificador del país, como presidente provisional, su participación en la reestructuración de la deuda externa en 1922, y las dudas que lo asediaron hasta que aceptó la candidatura presidencial y rompió con sus antiguos aliados, los sonorenses, optando por el camino de la lucha armada.

Esta obra se fundamenta en una amplia investigación documental contenida en diversos archivos públicos y privados, nacionales, regionales, estadounidenses e ingleses. En particular destacan la consulta del Archivo de la familia De la Huerta, el Archivo de Recortes Periodísticos de Adolfo de la Huerta y el Archivo de Adolfo de la Huerta (José C. Valadés), pero sobre todo los dos primeros porque Castro ha sido el único historiador reciente, hasta donde tengo noticias, que ha tenido acceso a ellos. Asimismo utiliza una serie de entrevistas de historia oral realizadas por el autor y por otros estudiosos a actores relevantes que tuvieron relación con don Adolfo, la hemerografía, los documentos publicados y una vasta bibliografía secundaria. No menos

¹ Me refiero al libro de Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930, Bajo el cielo de México 1920-1924*, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, México, 1993, vol. II; al de Emilio Zebadúa, *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, FCE/El Colegio de México, México, 1994, y de María del Carmen Collado, *Empresarios y políticos, entre la Restauración y la Revolución, 1920-1924*, INEHRM, México, 1996. Enrique Plasencia de la Parra, por su parte, presenta una visión actualizada sobre la rebelión delahuertista, *Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista 1923-1924*, Miguel Ángel Porrúa/ UNAM, México, 1998.

importante que lo anterior resulta la gran cantidad de fotografías, muchas de ellas desconocidas, que acompañan al texto. La riqueza documental y gráfica en la que se basa este trabajo constituyen un aporte al conocimiento histórico.

Los capítulos 2 y 3 dedicados a la presidencia provisional, subrayan la importancia de la tarea conciliatoria desplegada por el protagonista, el empeño que mostró en la creación de colonias militares, con objeto de pacificar el ejército y dotar a los antiguos combatientes de medios de trabajo, su papel de mediador en los severos conflictos obrero patronales que afloraron, permitiendo mayor libertad a los sindicatos, y la relación favorable que mantuvo con la anarcosindicalista CGT. No obstante, pese a que Castro señala que mantuvo buenas relaciones con esta central sindical, abogando en su favor durante la gestión de Álvaro Obregón, no considera el impacto que éstas tuvieron en su carrera política, sin explorar los posibles problemas que generó su actitud frente al apoyo de Calles hacia la CROM y Morones.

Se dedica un capítulo a la reestructuración de la deuda pública externa mexicana negociada por De la Huerta con el Comité Internacional de Banqueros en Nueva York en el verano de 1922. Quedan claras las razones que movieron al secretario de Hacienda a aceptar la inclusión de las deudas ferroviarias en el Convenio de aquel año, si bien pasa por alto que él mismo fue quien propuso que éstas fueran incorporadas al paquete de deuda externa. En estas páginas se perfilan las diferencias que surgieron entre el titular

de las finanzas nacionales y el ejecutivo con motivo de los términos pactados en las negociaciones. De igual manera aparecen las contradicciones en las que cayó don Adolfo cuando escribió al presidente que el préstamo, más que incierto, para la apertura del Banco de México estaba "asegurado", aun cuando sus gestiones en este sentido habían fracasado, en tanto que, en correspondencia privada con Martín Luis Guzmán, justificaba aquel tropiezo afirmando que no era conveniente para el país solicitar un crédito en ese momento. Las dudas y los movimientos en falso que se desencadenaron a partir de esta cuestión habrían de ser la nota dominante de su actuación en los meses subsiguientes.

También aborda las vanas gestiones que el secretario realizó ante la Casa Blanca para obtener el reconocimiento de Washington al gobierno de Obregón, así como los obstáculos que el canciller Alberto J. Pani trató de poner a las tareas de don Adolfo en Nueva York, pero no abunda en las razones de la animadversión desatada entre ambos miembros del gabinete.

Las páginas dedicadas a la renuncia del ministro de Hacienda a aceptar la candidatura presidencial son particularmente interesantes, pues manejan muchos alegatos de diversos actores. Castro sostiene que aquél no tenía interés en la *silla mayor* y más bien optó por apoyar a Calles, pese a las múltiples solicitudes de varios sectores que le insistían en que se lanzara, en especial el Partido Cooperatista. Haciendo suyos los argumentos vertidos por don Adolfo en sus *Apuntes personales* (inéditos y perdidos casi totalmente, según

asegura el autor) y en una entrevista concedida a la prensa en 1927, asienta que su negativa a aceptar la candidatura, que el propio Obregón le ofrecía, se debió a su afán de no quedar supeditado al caudillo, generándose a partir de esta decisión una campaña en su contra. Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo* ha narrado con maestría el ambiente creado por las intrigas palaciegas desatadas a propósito de la sucesión y las dudas que, como personaje de una tragedia clásica, rodearon las decisiones de Aguirre, el protagonista principal, inspirado en De la Huerta. En la interpretación de Castro, sin embargo, resulta difícil comprender los actos de don Adolfo, su desempeño y las esperanzas que daba a los cooperatistas, al partir de la premisa de que aquél no tenía ambiciones presidenciales. Para resolver este espinoso problema el autor nos presenta un *collage* de testimonios del que surgen las siguientes preguntas. ¿Rechazó el apoyo del presidente, echando a perder sus planes continuistas y, más adelante, aceptó la candidatura del cooperatista, a sabiendas de que ello le llevaría a la ruptura definitiva con sus antiguos aliados sólo como resultado del asedio de Obregón?, ¿si la presencia del secretario de Hacienda incomodaba al presidente por obstaculizar sus proyectos patrimonialistas y los de sus allegados, por qué le ofreció la candidatura?, ¿si don Adolfo no albergaba ambiciones presidenciales a qué razones obedeció que, como encargado de las finanzas nacionales, hubiera apoyado económi-

camente a varios periódicos?, ¿en qué se fundamentaba la rivalidad de Pani con De la Huerta presente desde el inicio mismo del mandato del caudillo?

Castro mantiene una posición crítica frente a la versión fraguada por los delahuertistas, según la cual las Conferencias de Bucareli fueron la causa principal de su levantamiento. Más adelante describe los avatares de esta rebelión, el apoyo estadounidense brindado al caudillo para acabar con ella y la vida de don Adolfo en el exilio hasta su regreso a México.

Sin duda, la biografía de este personaje resulta fascinante, por las contradicciones y el drama personal que la rodearon; es un testimonio de las luchas políticas desatadas en torno a la sucesión presidencial entre la "familia revolucionaria", en una época en que éstas se decidían a balazos. Este libro nos brinda la ocasión de asomarnos a ella, aunque su autor, dejándose conducir en algunos pasajes por su simpatía hacia De la Huerta, nos da explicaciones insuficientes o algunos juicios exagerados sobre su desempeño. Si bien creo que es poco factible que un historiador logre narrar "los hechos como fueron", este texto cuenta su propia historia, tejida a partir de la riqueza de los documentos seleccionados y, por ello, constituye una lectura importante para la historia contemporánea de México.

María del Carmen Collado
INSTITUTO MORA